

VALORACION DE POTENCIALES

Por

Fernando NICOLAS V.
Subteniente (Rva.), Armada de Chile

La técnica del combate y la organización de las Fuerzas Armadas para afrontar los riesgos de una guerra en el tiempo en que vivimos son tales que la movilización total es legítima y posible.

Todos los ciudadanos en estado de combatir pueden ser convertidos en soldados, con la condición de que la industria pueda equiparlos.

La movilización total implica dos términos relacionados entre sí: potencial bélico y potencial económico. Algunos especialistas indican que lo primero es proporcional a lo segundo. Esta proporcionalidad implica múltiples reservas tanto en el orden cualitativo como en el cuantitativo, ya que es difícil determinar la unidad económica con que será medido el potencial militar.

El índice del producto nacional es una medida inexacta, porque la producción agrícola o los servicios no son movilizables para el esfuerzo bélico de la misma manera que la industria siderúrgica o la industria automotriz.

Ocurre lo mismo con el índice de producción industrial, ya que no se transfieren obreros y máquinas desde los campos de cultivo a los astilleros tan fácilmente como se pasa en la industria automotriz a la fabricación de carros blindados.

Las transferencias de obreros y máquinas pueden ir muy lejos a condición de que se disponga de tiempo, el que hoy prácticamente ya no existe.

El esfuerzo industrial de guerra realizado por Francia en la Primera Guerra Mundial, a pesar de la ocupación de una parte de su territorio por tropas alemanas, fue sorprendente. El Ejército Expedicionario americano se sirvió también, casi al fin de las hostilidades, de una buena parte de los armamentos salidos de las usinas francesas.

Es cierto que a tan elevada producción era fácil llegar, pues los armamentos eran relativamente simples en relación a los conocimientos y a las posibilidades de la técnica de hoy.

Para que toda nación actúe con vistas a la guerra, unos bajo el uniforme, otros en las fábricas, en las oficinas y en los campos, produciendo todo lo que haga falta para abastecer a la población civil y a las Fuerzas Armadas, es necesario que la Administración sea capaz de distribuir a la población entre los diferentes empleos, de reducir el número de trabajadores que fabriquen bienes no indispensables hasta el máximo y de asignar a cada uno la labor para la que está mejor dotado. En el curso de la última guerra fue Inglaterra, entre los países occidentales participantes, la que alcanzó el nivel más alto de movilización.

La Alemania hitleriana rompió las hostilidades sin haber movilizado ni el total de su industria ni de su mano de obra y no se decidió a la movilización total, habiendo transcurrido ya las campañas de Polonia y de Francia y la invasión a la Unión Soviética, hasta el desastre de Stalingrado. Italia también comenzó la guerra en condiciones similares, pero le fue imposible llegar a la movilización total.

En tiempo de guerra, el coeficiente de movilización es función, sobre todo, de la capacidad administrativa y muy especialmente de su organización, pero también en parte, del consentimiento de la población al sacrificio.

A partir de un punto determinado, ya no es posible aumentar el esfuerzo bélico sin reducir el nivel de vida de la población civil.

¿Hasta qué punto es posible esta reducción, sin que se sienta afectada la moral de la población?

No hay respuesta general para esta pregunta.

No obstante, parece que los pueblos habituados a un bajo nivel de vida aceptan las privaciones con mayor facilidad que los pueblos de un nivel de vida más elevado.

Lo que tiende a trastornar esta proposición, es que el margen de la movilización es tanto más amplio cuanto más alto sea el nivel de vida de que goce la población en tiempo de paz.

La separación entre la situación real de las poblaciones y el mínimo irreductible es mayor en los países ricos que en los pobres, pero los primeros no pueden siempre pasarse de aquello que los segundos clasifican en la categoría de superfluo.

Los beligerantes hacen la guerra no con su potencial, sino con las fuerzas realmente movilizadas. Ahora bien, estas últimas dependen del espacio y del tiempo y del desarrollo de las hostilidades. El potencial global puede verse paralizado o disminuido por la falta de una materia prima cualquiera.

¿Qué significa una flota si los estanques de petróleo de sus buques permanecen vacíos?

Por el contrario, el dominio de los mares, combinado con reserva de divisas o préstamos extranjeros, permite añadir al potencial propio el de los países legalmente neutrales.

Sin la victoria del Marne en 1914, no hubiera tenido lugar la movilización total del potencial francés.

Sin la batalla de Inglaterra, no hubiera tenido lugar a partir de 1940 la movilización total del potencial inglés y luego, el del americano.

En 1939, el potencial anglo-francés no representaba otra cosa que números sobre el papel si las dos naciones no disponían de tiempo y de la libertad de los mares. Francia no dispuso de tiempo, pero Inglaterra sí pudo guardar la libertad de los mares.

En estos tiempos ya no hay nación en el mundo que milagrosamente pueda encontrar a un conductor de hombres, el que pueda obtener para su país un lugar expectable en el escenario mundial sólo por su genio o su buena fortuna.

Cuando se trata de las Fuerzas Armadas, el potencial humano e industrial señala límites estrechos a la actividad de ese líder.

No hay gran ejército sin una gran industria y evidentemente todo país dueño de una gran industria es capaz de poner en pie de guerra a un gran ejército.

Ahora bien, dos divisiones enemigas equipadas de una misma manera no son equivalentes. Habiendo superado el problema del equipamiento, subsiste el problema de las cualidades humanas.

Aún son indispensables las élites militares en este siglo de la cantidad.

¿Quién duda de que la calidad de la clase militar y la eficacia de las Fuerzas Armadas estén influidas por el régimen político y por la psicología de la nación?

Es indudable que esto depende del prestigio del oficio de las armas y la situación moral y material de los miembros de las Fuerzas Armadas dentro de la nación, y así será mejor o peor el reclutamiento de los cuadros militares y los mejores talentos se interesarán o despreocuparán de los problemas de la defensa nacional.

Se dice que no hay disciplina en las Fuerzas Armadas cuando no la hay en la nación. En realidad, la aparente anarquía interna de las democracias no excluye ni la disciplina en las fábricas ni en los cuarteles, y es así, como a pesar de esta aparente anarquía, las industrias continúan progresando en el desarrollo de sus productos.

Considerando que los efectivos militares son conocidos en función del potencial humano y también industrial, con las reservas que hemos mencionado, se plantea la cuestión de la calidad.

¿Cuál sería, en cada etapa, el valor relativo de una división americana, soviética, norvietnamita, francesa o británica? La unidad de medición verdadera es el propio combate. Hasta mayo de 1940, el ejército francés parecía conservar las cualidades guerreras de los tiempos de Verdún.

Ya se trate de buques, tanques o aviones, se plantea siempre la misma interrogante: ¿en qué medida es reflejo la calidad de las armas de la calidad de la industria?

¿En qué medida es expresión el rendimiento de las Fuerzas Armadas del vigor marcial de la nación?

En otras palabras, ¿pueden valorarse las Fuerzas Armadas por el estado de la nación?

Uno de los más grandes errores de evaluación de Hitler fue el creer que los Estados Unidos, por falta de tradición militar y por no disponer de un cuerpo de oficiales, en cierto modo una clase social militar similar a la prusiana, no conseguirían durante el transcurso de las hostilidades un ejército de primera jerarquía, agregando a esto la tradicional actitud pacífica y comercial de los norteamericanos.

La demostración fue convincente. El encasillamiento de las Fuerzas Armadas no es menos importante en este siglo que en el pasado, pero este encasillamiento ya no exige una clase social destinada exclusivamente al servicio de las armas. Gran parte de los problemas militares —doctrina, organización, logística, etc.— tienen bastante similitud con los problemas de la industria o del transporte. Los especialistas civiles aprenden rápidamente los deberes que tienen que cumplir dentro del cuadro militar, que se parecen a los de su empleo civil.

Especialmente en nuestros días, es preciso tener siempre en cuenta que cuando se trata de la calidad de las armas, nada está definitivamente conseguido. La carrera del progreso continúa durante las mismas hostilidades.

El tiempo que se necesitaba para poner a punto ciertas armas durante la Primera Guerra Mundial era tal, que se terminó la guerra con los mismos modelos conocidos desde el comienzo de la misma. La artillería, tanto naval como terrestre, no tuvo modificaciones de fundamental importancia.

En cambio la aviación tuvo progresos rapidísimos. Aquel que hubiera terminado la guerra con los aparatos disponibles o los modelos puestos a punto al comienzo de las hostilidades se hubiera visto inmediatamente dejado atrás.

La competencia científico-técnica que trae consigo desde ahora la rivalidad de las fuerzas militares no se gana nunca. Es probable que el curso de la Segunda Guerra Mundial hubiera cambiado si la industria aeronáutica francesa se hubiera movilizado seis meses antes de lo previsto o si la guerra hubiera estallado seis meses después.

En general, una industria que sea técnicamente superior, tiene mejores posibilidades de triunfar.

No obstante, no hay que olvidar que a través de una concentración mayor en un determinado sector, una industria puede recuperarse de su retraso de conjunto.

Aparte de estos cálculos de fuerza, se debe tener en cuenta en uno y otro lado la inteligencia del Alto Mando, la manera de dirigir la guerra de los estadistas y, por último, la adhesión de los pueblos a su régimen político y la decisión de los mismos cuando llegue el momento de ser puestos a prueba.

Por la vía del ejemplo, los italianos nunca estuvieron convencidos de que la guerra al lado del Tercer Reich fuese verdaderamente suya y justificase supremos sacrificios. Los partisanos que combatieron a las tropas alemanas en el norte de Italia, tras la caída de Mussolini, hicieron prueba de una moral muy diferente a la de los soldados que combatieron en Libia.

El pueblo alemán no abandonó al Fuhrer, a pesar de que el complot del 20 de julio tuvo amplias ramificaciones en el nivel dirigente. El régimen alemán estaba, en el fondo, mucho menos unido que la democracia americana o la inglesa.

En función de los cálculos, ¿cuáles son las observaciones que sugiere el análisis de los acontecimientos de la década de los años sesenta?

Los países totalitarios son en tiempo de paz, a igualdad de fuerzas, más poderosos que los países democráticos. Ofrecen una fachada de unidad, mientras que estos últimos exponen a la luz pública sus faltas. Europa occidental está compuesta por países conservadores, mientras que los países nacidos después del término de la Segunda Guerra Mundial en Africa como en el sudeste asiático, son países reivindicadores.

En los regímenes en que manda una sola persona o en los que las deliberaciones se desenvuelven en secreto, existe una mayor capacidad para hacer creer en una fuerza irresistible y en una resolución sin fallas, que la que existe en los países en que la prensa es libre y las discusiones parlamentarias son públicas.

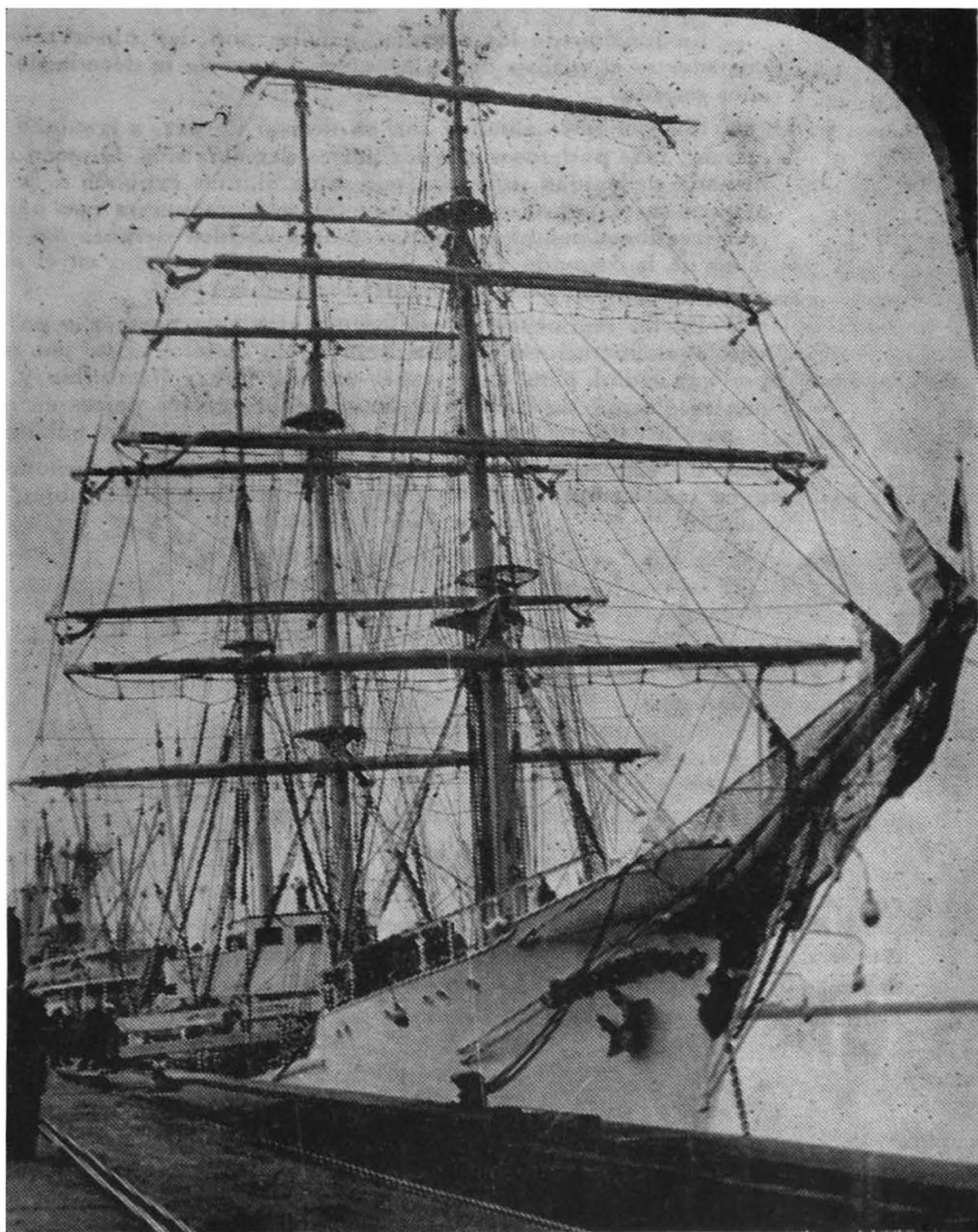
En el juego diplomático, el totalitario engaña a menudo y gana casi siempre hasta que un día cualquiera le descubren su engaño.

El "Victory"

El "Victory" es mas que un barco celosamente conservado: es un símbolo y sus hechos han pasado a la leyenda. La proclama de Nelson "Inglaterra espera..." antes de la batalla de Trafalgar el lunes 21 de octubre de 1805, se ha convertido en una consigna nacional. En nuestras horas de peligro constituye aún un acicate.

W.J. Basset Lowke en "Barcos y Hombres".

VISITA DEL B.E. "LIBERTAD" DE LA ARMADA ARGENTINA



Visitó por primera vez Valparaíso, desde el 16 al 21 de octubre cumpliendo la antepenúltima etapa de su 8º Crucero de Instrucción, el buque escuela de la Armada de Argentina "Libertad" lo que dio origen a diversos festejos y actos oficiales y sociales de confraternidad entre ambos países. En la fotografía el buque escuela argentino, construido en ese país, muestra su hermosa arboladura atracado a un muelle de Valparaíso. (Más fotografías en págs. 586, 594 y 664).